

ANDREA LONGARELA

·NEÏRA·

Carlota

y el cactus de color rojo



Carlota lleva una vida tranquila. Está terminando sus estudios de Periodismo, vive con su madre y pasa el rato con su amigo Basil. También fantasea de vez en cuando con su profesor favorito y evita pensar en unos ojos azules con los que se cruzó hace ya muchos años, en un pasado que prefiere olvidar, aunque lo recuerde cada día cuando despierta.

Carlota es una chica normal, como tú y como yo. Sin embargo, guarda un secreto muy especial. Y la vida le sonrío por una vez. Y consigue las prácticas de sus sueños. O quizá de sus pesadillas. Porque Carlota, de repente, debe enfrentarse a un reencuentro inesperado, a un hoyuelo encantador, a un puñado de camisetas horribles y a la obligación de tomar una decisión que cambiará su vida.

Y, además, en medio de todo este lío, ¡se topa con un cactus... de color rojo!

*Para el Equipo Cactus, por convertirse en mis
cactus de color rojo.
Gracias infinitas*

LA NUEVA CARA

Podría haber sido un día más. Un viernes cualquiera en el que unas niñas jugaban a ser mayores. Un verano más de un año entre tantos que con el tiempo se convertiría en un bonito recuerdo. Unas vacaciones perfectas que recordar en la madurez con una sonrisa en la cara.

Podría haber sido ese día, pero no lo fue.

* * *

Loreto se retocaba el maquillaje en el espejo del baño de aquella discoteca infernal en la que llevábamos más de tres horas. Yo la observaba y daba traguitos a mi copa, mientras intentaba descubrir el secreto de saber hacerse la raya en el párpado superior tan perfecta, sobre todo estando tan borracha, y más si tenía en cuenta que a mí no me salía ni siquiera sobria.

Llevaba un vestido negro que había robado a su hermana mayor, muy corto y con un escote demasiado pronunciado hasta para ella, y que le hacía parecer más adulta de lo que era. Sin olvidar las sandalias de tacón de diez centímetros, también hurtadas del armario de su hermana, y con las

que yo no podría andar ni dos pasos sin parecer un pato borracho. Ya parecía mujer cuando las demás seguíamos siendo unas niñas que querían crecer antes de tiempo, y yo la admiraba por ello, como si fuese la hermana mayor que no tenía, una imagen idealizada de la que aprender en cada momento.

Me eché un vistazo rápido en el espejo y arrugué los labios. Vestido típico playero de color rojo, sandalias planas de tiras y el pelo lleno de pequeñas trencitas de esas que estaban tan de moda y que, pese al esfuerzo que me había supuesto hacerlas, ya empezaba a aborrecer.

Loreto era mi mejor amiga. Llevábamos años planeando esas vacaciones, una semana solas por primera vez en algún pueblo costero plagado de discotecas. Una escapada sin padres que nos hacía parecer mayores e independientes, y teníamos tantas ganas de comernos el mundo que pensábamos que en aquel verano le daríamos el primer bocado.

Así que allí estábamos, ella, su prima Rocío y yo. Habíamos formado las tres una piña durante toda la secundaria, pero entre Loreto y yo había una relación especial, esa clase de amistad que sólo se encuentra en la infancia y que piensas que se mantendrá para siempre. Contra viento y marea. Contra cualquier batalla que surgiera por el camino. *Forever and ever.*

Ambas habían cumplido ya los dieciocho años, pero yo no; yo los cumplía dos semanas después. No obstante, los encantos de Loreto conseguían que me dejaran entrar en cualquier bar y me sirvieran alcohol sin apenas prestar atención a mi cara de niña.

Acabábamos de terminar el instituto y dentro de unos meses comenzábamos la universidad. Ella, ciencias químicas, y yo, periodismo. Habíamos encontrado el piso ideal para compartirlo, y sus padres y mi madre estaban de acuerdo. Todo era perfecto.

—Cara, ¿te importa si me voy un rato con Matthew?

Yo soy Cara. Bueno, era Cara, que así era cómo ella me llamaba.

Volví a centrarme en su imagen reflejada y la envidié por tener siempre a un chico esperándola.

Loreto no es que fuera muy guapa, sino que era de esas personas que saben sacarse partido y llamar la atención en una sala llena de gente. Atractiva, con encanto, con unos andares que la hacían parecer una mujer y no una niña invisible, como me ocurría a mí siempre que estaba a su lado. Loreto era de esas tías que, por el hecho de ser rubias, de ojos azules, altas y con tetas desde los diez años, ya gustaban de manera indiscutible a cualquier chico de su edad que se cruzase en su camino, incluso a algunos más mayores. Bueno, el hecho de tener una seguridad en sí misma pasmosa ayudaba, ya que, por muy atractiva que seas, si no te lo crees tú misma es imposible que los demás lo vean, y, evidentemente, Loreto se lo creía; mucho, para ser exacta.

Yo era todo lo opuesto a ella: castaña, ojos marrones, y le llegaba por el hombro. Y de las tetas mejor no hablamos.

Normalmente no me importaba estar en un segundo plano, de hecho, lo agradecía, porque ser el centro de atención no era lo mío, y hacía tiempo que había aprendido que cada uno debe estar en el lugar que le corresponde, pero empezaba a cansarme.

Durante el curso había salido con un compañero de clase. Lo habíamos dejado un par de meses antes del verano, pues, aunque nos gustábamos, cada uno iba a estudiar en una ciudad diferente, y éramos unos críos para esperar algo serio y verle sentido a una relación a distancia. El caso es que yo sólo había estado con un chico y empezaba a estar harta de estar siempre a la sombra de las tetas de Loreto.

Me había planteado esas vacaciones como una ocasión perfecta para sacar a pasear a la nueva Cara; una Cara adulta, con las cosas claras y con la capacidad de tomar de-

cisiones que me hicieran parecer menos niña, pero de momento no había obtenido grandes resultados.

—Tranquila, no pasa nada. Está Rocío.

—Genial. —Me dio un beso en la mejilla y cogió una de mis trencitas con dos de sus largos dedos; ese gesto siempre hacía que me sintiera más niña aún, si cabía—. Os llamo cuando termine.

Segundos después, desaparecía con Matthew, un turista inglés al que había conocido siete minutos antes.

Suspiré y me fijé en mi otra amiga. Me costó un poco localizarla, porque Rocío estaba dándose el lote en una esquina con un tío que no había visto hasta ese momento; de hecho, sólo tenía una visión de su nuca y me daba poca información sobre él.

Fruncí el ceño. La noche estaba siendo de todo menos perfecta, como el resto de la semana.

La verdad es que para nada eran las vacaciones que me había imaginado.

Me dirigí a la barra y dejé mi cuerpo caer sobre un taburete con desgana. Pensé que Loreto se pasaría el resto de la noche contándonos con pelos y señales su encuentro con el chico de turno; pensé que estaba cansada de oírla siempre con sus historias y que, por una vez, me gustaría ser a mí el centro de alguna de nuestras conversaciones. Pensé que, seguramente, ellas no me creían capaz de tener un rollo sin más, porque en el fondo sabía que creían que yo era una pava. Y que, por mucho que confiase en que las cosas podrían cambiar cuando empezáramos la universidad, si yo no ponía de mi parte, todo seguiría igual; continuaría siendo una extensión de Loreto y nada más, porque así era cómo me sentía y cómo me mostraba a los demás.

Tras más de quince minutos de espera para que el camarero fuese consciente de mi existencia, por fin conseguí otra copa y volví en busca de la que decía ser mi amiga, aunque ambas sabíamos que, de no ser por Loreto, nunca nos habríamos dirigido la palabra.

Si cierro los ojos, soy capaz de regresar a aquel instante con total exactitud, como si por un momento volviera a estar allí. Incluso percibo el olor a sol que impregnaba mi piel. Recuerdo la espantosa música tecno, que, a día de hoy, todavía odio, las luces de colores, capaces de provocar una enfermedad neurológica, y las risas de la chica del ropero, ese sonido agudo que sobresalía por encima de todo lo demás de forma incesante. Recuerdo el rostro de Rocío, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados, mientras su ligue de turno le mordía el cuello a la vista de todo el que quisiera observarlo. Lo recuerdo todo, como si, a pesar del alcohol y de los años, fuese un momento de una nitidez sin igual en mi mente.

Aunque, bueno, supongo que esas cosas nunca se olvidan...

Él llevaba un bañador azul marino con unas franjas rojas en los laterales y una camiseta blanca sin mangas. Un sombrero de paja que regalaban con una conocida marca de ron y una melopea de impresión como complementos. Me fijé en él, porque discutía a voz en grito con otro chico sobre la influencia del realismo sucio como género literario en la publicidad, una conversación totalmente fuera de lugar en un antro como aquél y que a poca gente le podía resultar interesante. Ni que decir tiene que yo era una de esas personas capaces de debatir sobre la decadencia de la poesía en mitad de una borrachera, a pesar de mi corta edad y de que eso no me ayudaba demasiado a acabar con mi imagen de rata de biblioteca, así que eso fue lo primero que captó mi atención.

Claro que, cuando se dio la vuelta y lo vi en condiciones, ya podría haber estado hablando de descuartizar a una de mis amigas en los baños y hacerse un collar con sus dientes, que me habría dado exactamente igual.

Debajo de aquel gorro espantoso, unos mechones de pelo castaño delimitaban unas facciones marcadas, pero los que me dejaron sin habla fueron sus ojos. Unos ojos azules,

ligeramente rasgados, preciosos. Hablaba sin parar con ellos entrecerrados, y sus movimientos hacían que un pequeño aro plateado en la ceja lanzara destellos a su alrededor. Estaba bronceado, no era demasiado alto (aunque, teniendo en cuenta mi metro sesenta, para mí ya suponía una diferencia importante) y bastante delgado. Fue la primera vez que pensé aquello de «me he enamorado», como un cartel enorme frente a mí con luces de colores y purpurina.

No se trataba de amor, pero llamarlo así le parecía mucho más profundo y trascendental a mi mente aún medio adolescente.

Loreto regresó con cara de satisfacción y un chupetón en el cuello, y Rocío se nos unió poco después. Yo seguí observándolo mientras bebía un chupito tras otro que mis amigas me iban dando, hasta que no sé qué fue lo que me ocurrió, no sé si fue por estar ebria o porque una parte de mí por fin se despertó y decidió actuar de una vez, pero lo hice. Dejé atrás los miedos y las dudas y me acerqué a él trastabillando levemente, pero con una seguridad en mí misma que nunca antes había estado presente en mi vida.

Es el poder del tequila, que es capaz de hacerte parecer alguien que no eres.

El chico guapo desconocido seguía discutiendo con su amigo, esta vez de un jugador de fútbol, y ninguno de los dos se fijó en mí hasta que posé la mano en su antebrazo y él se giró con gesto extrañado.

—Hola, perdona.

—Hola, hum... —Ante mi silencio, me preguntó confuso —: ¿Te conozco?

—No. Yo... soy Cara.

El amigo desapareció en algún momento de nuestra breve conversación, supongo que en busca de su siguiente víctima, y empezó a discutir con otro de su grupo apenas a un metro de donde se encontraba un minuto antes.

—Hola, Cara.

Su sonrisa se ensanchó de tal modo que para mí fue como el pistoletazo de salida, y me lancé. Había visto a Loreto hacer eso muchas veces, besar a un tío sin ni siquiera esperar a que él demostrara algún interés por su parte, y siempre le había funcionado, así que pensé: «¿Y por qué a mí no? Sólo es cuestión de aparentar convicción y de elegir bien». Y, claramente, él se encontraba en un estado en el que tomar decisiones por sí mismo no era algo sencillo. Además, al fin y al cabo, todo el mundo acudía a esa clase de sitios para lo mismo, ¿o no?

La respuesta es sí, porque funcionó.

En el instante en que mis labios tocaron los suyos, él sonrió contra mi boca y me besó también. Sabía a cerveza y a sal, como si se hubiera bañado en el mar y no hubiera pasado por la ducha, pero no me importó, porque cuando me apoyó contra una pared y sentí sus manos en mi espalda, no podía dejar de pensar que nunca me habían besado así. Que aquello era un beso de verdad y no a lo que yo estaba acostumbrada. Pese a todo; pese a que fuese un desconocido; pese a que ambos estuviéramos bebidos y, estando así, las sensaciones y los pensamientos se distorsionaran; pese a que yo aún fuese demasiado cría como para ver pajaritos y creer que estaba siendo la protagonista de un flechazo.

Su sombrero desapareció en algún momento y aproveché para enterrar las manos en su pelo con delicadeza, pero con decisión. Lo tenía algo húmedo por el sudor y áspero por el salitre, pero ni eso me resultó desagradable, sino todo lo contrario.

Nos besamos mucho y muy despacio, dándonos esa clase de besos que se disfrutan, sin tener prisa por llegar al siguiente punto, lo que supongo que hizo que me relajara y no pensara en lo que estaba haciendo.

Sin embargo, la tranquilidad duró poco, porque cuando su mano empezó a deslizarse por debajo de mi vestido y me estrujó una nalga, el pánico se apoderó de mí.

Yo nunca había hecho nada ni remotamente parecido; era Loreto la que hacía ese tipo de cosas y después me las contaba, no yo. Yo fantaseaba con hacerlo, pero después sacudía la cabeza y asumía que no era lo mío. Yo era responsable, sensata, razonable. Sólo me había acostado con un chico, estuvimos juntos casi un año y ninguno de nuestros encuentros fue memorable.

Me puse nerviosa, porque yo no era la típica chica en la que los chicos se fijaban, y menos uno como él, que era demasiado guapo para estar con alguien como yo, que llevaba trencitas en el pelo y pendientes de perlas. También tuve miedo, porque parecía mayor y yo era aún muy niña, aunque intentara no parecerlo, y porque ni siquiera sabía su nombre y no paraba de oír en mi cabeza la voz de mi madre diciéndome que eso no estaba bien y que, probablemente, acabaría en la sección de sucesos del periódico del día siguiente con el cerebro hecho puré y el vestido por las caderas. Así que, en un momento de lucidez, me aparté cautelosa.

—Oye —me separé de su boca y él me miró tan cerca y con tanto deseo que me estremecí—, ¿cómo te llamas? — Me mordió el labio y comenzó a lamerme suavemente la boca, ignorándome; o yo no había aprendido nada en mis casi dieciocho años de vida o es que él lo hacía condenadamente bien—. Eh, espera. Dime al menos tu nombre. — Alzó la vista hasta mis ojos y me dedicó una sonrisa de borracho bastante lamentable, pero ni eso hizo que sintiera las ganas que debería haber sentido de largarme de allí. Me tenía obnubilada—. Por favor.

Dudó unos segundos, instante que yo aproveché para estudiarlo a conciencia y maravillarme de lo guapo que era, de lo bien que olía y de cómo me gustaba sentir sus dedos produciendo un hormigueo sobre mi piel, y se encogió de hombros con indiferencia antes de contestar.

—Iván.

—lván —repetí, asintiendo complacida y aliviada sin saber por qué.

Cuatro letras. Una palabra. Eso fue todo lo que necesité saber para atreverme a pasar la mejor noche de mi vida con un completo desconocido.

* * *

Me desperté desnuda en la cama de un apartotel.

Sola.

Me dolía la cabeza y sentía las piernas entumecidas.

La habitación tenía restos de vida por los rincones; un pantalón en el suelo, una mochila en un rincón, cascotes de botellas sobre una mesa y un cenicero lleno de colillas.

Me vestí lo más rápido que pude y, al salir al salón, comprobé que sí, que estaba completamente sola en un apartamento que olía a sexo y a alcohol.

Me sentí mal, porque aquél no era mi sitio. Y me largué, haciéndolo con un vacío en el pecho que nunca antes había experimentado y con un presentimiento extraño en la piel.

* * *

Sí, podrían haber sido unas vacaciones sin más, un verano cualquiera.

Sin embargo, eso no fue lo que ocurrió. Aunque sí que supuso la bienvenida a la nueva Cara.

EL PROFESOR

El profesor sigue explicando algo relacionado con la semiótica de las masas, mientras Basil, con gesto de concentración, disimula que lo escucha mucho mejor que yo, que sólo puedo centrar toda mi atención en estudiarlo de arriba abajo con cara de idiota, baba colgandera incluida.

—Estoy enamorada de él, te lo juro.

Basil pone los ojos en blanco con dramatismo y se arrima a mi hombro para susurrarme al oído y evitar que alguno de los alumnos que nos rodean oiga la guarrada que está a punto de soltar por esa boquita que tiene.

—No estás enamorada de él, sólo estás cachonda.

Vaya, me imaginaba algo peor.

—No digas chorradas.

Volvemos a fijar la mirada en el profesor que se ha convertido en el protagonista de todas mis fantasías durante los últimos meses, y lo observamos con detenimiento.

Pelo rubio oscuro ondulado y un poco largo por detrás, ojos entre verdes y azules, dependiendo de la luz, y una dentadura de anuncio de dentífrico, y de los caros. Camisa de cuadros, pantalones chinos y chaqueta con coderas. Con coderas, ¡por el amor de Dios! Gafas de pasta, un ma-

letín marrón con correas y un libro siempre en sus manos. Y, para colmo, con un nombre de esos de novela rosa que te hacen suspirar: Aidan O'Brien.

Bonito, ¿verdad?

Bueno, en realidad se llama Aidan Gutiérrez O'Brien, de padre español y madre escocesa, pero él decidió usar sólo su segundo apellido, y yo encantada, porque cuadra mucho mejor con esa imagen que mi memoria reproduce una y otra vez en mi cerebro, que consiste en él cabalgando sobre un caballo blanco, sin camisa y con faldas.

Mi *highlander* particular.

Aunque, siendo sincera, tiene unas pocas entradas, es bastante flaco y no tiene pinta de tener un cuerpo demasiado trabajado, sino que encaja más en la imagen de empollón que en cualquier otra, pero a mí me gusta imaginármelo así, como un hombre varonil y salvaje fuera de estas aulas.

El caso es que da igual que tenga pinta de hacer el crucigrama de los domingos y de que lo vista su madre, porque está increíblemente bueno, si no, ¿cómo se explica que, a pesar del tostón que es su asignatura, sea la única que se queda sin plazas cada año, teniendo en cuenta que hay otros profesores que también dan la misma materia con los cuales el nivel de asistencia es bajísimo? No quiero menospreciar lo buen docente que es, pero creo que es bastante obvio el porqué de que los otros dos grupos estén formados casi íntegramente por tíos. Creo que el 90 por ciento de mi clase sueña con tirárselo en el despacho; Basil y yo incluidos. No hace falta tampoco que explique que el 10 por ciento restante es la diminuta representación masculina que no es homosexual y que, por algún motivo oculto que aún no hemos averiguado, eligió este grupo. Basil dice que algunos se matriculan donde hay predominancia del género femenino con el único objetivo de conseguir echar un polvo antes de que acabe el curso.

Quién sabe.

Aidan se convirtió en mi nueva obsesión el primer día del último año de universidad, que ya está acabando, hace unos ocho meses. Por entonces estaba colgada del tío de las fotocopias, un rastafari rubio que usaba su puesto como tapadera para vender marihuana a media facultad, y antes de ése, del de la tintorería de la esquina de mi calle, hasta que se acostó con Basil. Claro que, en cuanto vi al profesor, centré toda mi atención en él y me olvidé de los demás.

Confieso que cuando digo que se convirtió en el centro de mis fantasías no me refiero solamente a las de índole erótico, que también, sino que me suelo imaginar dando lentos paseos con él de la mano al atardecer, cenando en restaurantes elegantes, yo con vestido largo y él con un pañuelo con nuestras iniciales bordadas asomándose por el bolsillo de la americana, y comprando armarios en Ikea. Armarios infantiles, para ser exactos.

—¿Crees que no se da cuenta de que lo miras con cara de marrana chupóptera?

—Pero ¿qué dices? ¡Eso no es verdad! —exclamo, y lo hago más alto de lo debido y con un codazo incluido.

Basil me mira con su mejor cara de suficiencia; yo me pongo roja y suspiro.

Cómo me conoce.

—Vale, me encantaría hacérselo en su despacho —hablo lo más bajito que puedo, porque como me oiga alguien me muero y porque no soy yo de decir cosas de ese estilo, sólo las pienso, sin embargo, Basil siempre tiene la capacidad de sacar lo peor de mí—, pero es que ¡¿tú lo has visto bien?! Debería estar prohibido estar bueno y ser profesor. Aunque supongo que eso explica el alto nivel de asistencia y de escandalosos escotes...

—Pues claro que lo he visto, cielo. Creo que me pone tanto que, como pronuncie otra vez «semiótica» con ese acento de pastor de cabras irlandés, me correré en los pantalones.